

## ATARDECER

Van pasando las horas,  
sin tener que contarnos,  
mi alma y yo a solas,  
cara a cara los dos  
mirándonos.  
Qué atardecer más dulce,  
qué paz y qué remanso.  
Lloran los mil violines  
malvas de la tarde  
sus luces sobre  
el lago.  
Está alegre el espíritu.  
Y el corazón bailando.

José ALVAREZ PEREZ

# La ovejita cornuda

por Valeriano GUTIERREZ MACIAS

Una majada de pastores en las adehesadas tierras extremeñas cantadas por el inmortal poeta campesino castellano - extremeño José María Gabriel y Galán. De esas majadas —con preciosos chozos de horma, con buena capacidad de habitabilidad— de las que hay que lamentar van ya quedando pocas por el tremendo éxodo rural que en estos tiempos cambiantes amenaza grandemente a los agricultores y ganaderos de la parte centro-occidental española.

Muy apacible y sencilla se deslizaba la vida en la majada...

Cuando un día se presentaron unos ladrones que tenían amedrentada a toda la comarca, que iban en forma decidida y airada a robar el ganado ovino —lo que produjo enorme sorpresa e impresión en los pastores— preguntó con arrogancia el capitán de la banda, hombre muy fanfarrón, quién era el mayoral.

Bien a su pesar, uno de ellos contestó:

—Yo, señor.

—¿Con que usted es el mayoral? Pues bien, no teman por sus vidas; es que se nos han puesto mal las cosas. Tienen ustedes que matar la mejor oveja que haya en la manada para hacer un guisado.

Como se resistieran lógicamente los pastores, dijo el capitán de la banda:

—Vamos, vamos, no se hagan ustedes tanto de rogar que quedan muchas ovejas.

La mejor oveja era una cornuda de las que, por cierto, escasean mucho, ya que suelen ser más fuertes que las demás, casi como los machos.

Ahora se selecciona más el ganado. Ya la oveja es más *patúa* y más alta. La oveja cornuda era en la que tenían puestos los ojos todos los pastores.

Al darse cuenta los forajidos de los elogios que hacían de esta oveja los pastores, les dijeron:

—Pues esa misma es la que queremos.

Con gran pena por parte de los pastores fue sacrificada la oveja

cornuda a la fuerza por los que hacían uso de "la razón de la fuerza" al apropiarse indebidamente de la misma.

Mientras los ladrones picaban la carne, el mayoral —todo contrariado y preocupado— cogió el caracol y empezó a tocar porque el zagal estaba al pueblo por el pan y el *jato* (1) para poder atender a sus necesidades.

El caracol es muy utilizado habilidosa e ingeniosamente en el campo para convocar a las gentes: pastores y otro tipo de personas, para almorzar, comer el *taco*, reuniones distintas, etc.

Todos los que trabajan en las fincas acuden con rapidez a su anuncio. Es una señal muy clara y eficaz en el discurrir de la vida campestre.

También se tocaba el caracol en los pueblos para reunir los cerdos que habían de ir al campo con el encargado de sacar la piara del concejo y a quien pagaban los dueños una cantidad convenida.

El mayoral tocaba de esta manera;

Turututú, turututú...

Venía a transmitir un mensaje, a decir lo que transcribía en estos renglones versificados:

Tú, zagal, que a por pan estás,  
vuélvete para el *lugal*,  
dale parte a la Justicia  
como que nos quieren *robal*,  
que la ovejita cornuda  
en el caldero cociéndose está.

Turututú, turututú...

El zagal —que ya de regreso venía por el camino— al oír la voz de su mayoral entendió admirablemente lo que se le comunicaba; se volvió en forma rápida para el pueblo dando cuenta a la Justicia ante lo que con insistencia denunciaba el pastor principal.

Cuando los ladrones, muy regocijados, estaban comiendo la excelente carne de la ovejita cornuda, llegaron los guardias a la puerta de la majada y se los llevaron presos.



(1) Constituyen el *hato* o *jato* las ropas y comestibles de las gentes de campo todo incluido con lo más imprescindible para vivir en las fincas durante las semanas o quincena que entraba. En las expresiones extremeñas hallamos lo siguiente: «según es el *hato*, así es el *trato*» y también: «¡Y no se le mueve el *jato*!».

# La monarquía española se inauguró en Extremadura

Cuando este número de ALCANTARA llegue a las manos de sus lectores, faltarán pocas fechas para que se cumpla el quingentésimo aniversario —¡medio milenio!— de uno de los episodios más gloriosos, si no el más, de la Historia de España: la Unidad nacional, en las personas de los Reyes Católicos. En efecto, a fines de Enero de 1479, mientras el egregio matrimonio viajaba de Guadalupe a Trujillo, le alcanzaron los emisarios aragoneses que traían a don Fernando la noticia de la muerte de su padre el rey Don Juan II. Los ínclitos cónyuges salieron pues, de Guadalupe, siendo reyes de Castilla únicamente, y llegaron a Trujillo siendo también reyes de Aragón. Podemos pues afirmar, sin faltar un ápice a la Historia, que, legalmente, la primera ciudad de la península que pisaron unos reyes de España entera —la falta de Granada y Navarra, incorporadas más tarde, no impedía el considerar ya la yuxtaposición de los dos grandes reinos como una nación llamada España— fue la por tantos conceptos ilustre ciudad extremeña de Trujillo. Por si esto fuera poco, el 24 de febrero del mismo año de 1479 se libraba junto a Mérida la famosa batalla de La Albuera (Albuhera, hoy lago de Proserpina), que ponía de un modo práctico y sin más disputas, la nación española bajo el glorioso binomio real.

El ahora inmediato año de 1979 conmemora, pues, el quinto centenario de la Unidad de España. La circunstancias de que también se haya acordado celebrar en el mismo año el asimismo quinto centenario del nacimiento del paladín Francisco Pizarro, hacen que Trujillo princi-